



EMPERADORES  
*γ*  
BÁRBAROS

EL PRIMER MILENIO DE  
LA HISTORIA DE EUROPA

PETER  
HEATHER



CRÍTICA

PETER HEATHER

# EMPERADORES Y BÁRBAROS

El primer milenio de la historia de Europa

Traducción castellana de  
Teófilo de Lozoya y Juan Rabasseda-Gascón

CRÍTICA  
BARCELONA

Primera edición: mayo de 2010

Primera edición en esta nueva presentación: marzo de 2018

*Emperadores y bárbaros. El primer milenio de la historia de Europa*  
Peter Heather

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Empires and Barbarians. Migration, Development and the Birth of Europe*  
Macmillan Publishers Limited, Londres

© 2009 by Peter Heather

© de la traducción, 2010, Teófilo de Lozoya y Juan Rabasseda-Gascón

© Editorial Planeta S. A., 2018

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

[editorial@ed-critica.es](mailto:editorial@ed-critica.es)

[www.ed-critica.es](http://www.ed-critica.es)

ISBN: 978-84-17067-78-6

Depósito legal: B. 2759 - 2018

2018. Impreso y encuadernado en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es 100% libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

## Capítulo 1

### EMIGRANTES Y BÁRBAROS

En abril de 1994, casi doscientas cincuenta mil personas huyeron de Ruanda, en el corazón de África, y se refugiaron en la vecina Tanzania. En el mes de julio de ese mismo año, la asombrosa cantidad de un millón de personas más siguió su ejemplo y se trasladó a Zaire. Todos pretendían escapar de la terrible oleada de matanzas que desencadenó el asesinato en masa probablemente más espantoso de la época actual. El 6 de abril de ese mismo año, los presidentes Juvénal Habyarimana de Ruanda y Cyprien Ntaryamira de Burundi murieron al estrellarse su avión cuando intentaba aterrizar en la capital de Ruanda, silenciándose así de un golpe las dos voces moderadas más importantes de la región. Otras voces moderadas del gobierno, la burocracia y la judicatura de Ruanda fueron acalladas con la misma celeridad, y dio comienzo así la matanza, no sólo en las ciudades, sino también en las zonas rurales. La ONU calcula que sólo en el mes de abril fueron masacradas cien mil personas, y probablemente perecieron en total un millón de individuos. La única escapatoria era la huida y en los meses de abril y julio, hombres, mujeres y niños emprendieron la fuga para salvar sus vidas. La mayoría de los refugiados dejó tras de sí todas sus posesiones, y con ellas la posibilidad de acceder de forma segura a comida y agua de buena calidad. El resultado sería el previsible. En julio, durante el primer mes de la huida a Zaire, habían muerto ya 50.000 refugiados, y al final perecerían cerca de 100.000 —esto es, una décima parte del total—, víctimas del cólera y la disentería.

Ruanda es sólo el más espectacular de los numerosos ejemplos recientes de migración como respuesta ante una crisis política. Poco tiempo después, 750.000 albanos-kosovares huyeron a los países vecinos en una muestra de reacción similar ante la escalada de la violencia. Pero las huidas

masivas ante el peligro son sólo una causa de las migraciones. Son muchos más los que utilizan el traslado a un país «más rico» como estrategia para mejorar su calidad de vida. Este fenómeno puede apreciarse en todo el globo. En los años ochenta del pasado siglo XX doscientas mil personas, del total de los tres millones y medio que conformaban la población del país, abandonaron la República de Irlanda con destino a otras zonas de Europa económicamente más dinámicas, aunque muchas de ellas regresaron a su tierra natal a consecuencia del boom de la economía irlandesa, cuando su país se convirtió en un destino importante de mano de obra emigrante. Y la migración por causas económicas adquiere una preponderancia aún mayor allí donde los niveles de vida son más bajos. Si nos fijamos en las distintas poblaciones subsaharianas, actualmente podemos encontrar a quince millones de personas de este origen en Oriente Medio, a otros quince millones en el sur y el sudeste de Asia, a otros quince millones en Norteamérica, y a trece millones en Europa occidental. Las causas de este sorprendente fenómeno —las cifras son tan elevadas que resultan prácticamente inimaginables— radican en la enorme desigualdad de la riqueza. Los ingresos medios de una persona en Bangladesh, por ejemplo, son una centésima parte de los habituales en Japón. Esto significa que un bengalí que encuentre trabajo en Japón cobrando sólo la mitad del salario medio de un japonés ganará sólo en dos semanas el equivalente a los ingresos de dos años de trabajo en Bangladesh. La violencia política y las desigualdades económicas se combinan para hacer de la emigración —en sus múltiples formas— uno de los fenómenos más importantes del mundo moderno.

En el pasado las cosas no eran muy distintas. La historia de la humanidad es la historia de las migraciones.<sup>1</sup> Se trata de una perogrullada, pero, como suele ocurrir con muchas perogrulladas, es una afirmación que en sentido lato es cierta. Una consecuencia básica de los testimonios disponibles actualmente acerca de la evolución del hombre es que, después de evolucionar en un contexto favorable en el África continental, diferentes especies de homínidos utilizaron las habilidades de adaptación proporcionadas por su mayor potencia cerebral para colonizar casi todos los ambientes terrestres del planeta. Esencialmente el mundo entero está poblado por descendientes de emigrantes y de individuos que en algún momento buscaron asilo.

La historia documentada del último milenio ofrece asimismo muchos ejemplos de migraciones, algunos de los cuales —especialmente los procedentes del interior de Europa— están notablemente bien atestiguados.

El caso de los actuales Estados Unidos constituye naturalmente un fenómeno creado por emigrantes. Entre 1820 y 1940 sesenta millones de europeos emigraron a ultramar con destino a distintos lugares de todo el mundo, pero treinta y ocho millones de ellos acabaron en Norteamérica. Las continuas oleadas de emigrantes, especialmente de hispanohablantes, indican que la historia de los Estados Unidos no ha llegado todavía en absoluto a su fin. Análogamente, un cuarto de millón de individuos emigró desde España al Nuevo Mundo en el siglo XVI, y otros doscientos mil en la primera mitad del XVII. En esos mismos siglos, ochenta mil y quinientos mil británicos respectivamente desafiaron las olas del Atlántico Norte y abandonaron su país. Si nos remontamos todavía más atrás en el tiempo, la documentación se vuelve mucho más fragmentaria, pero es evidente que la emigración fue un fenómeno significativo. En el período correspondiente a la Alta Edad Media, sólo en el siglo XII quizá doscientos mil campesinos de lengua germánica se trasladaron al este del Elba para hacerse con tierras en Holstein, Brandemburgo occidental, y las marcas sajonas.<sup>2</sup>

#### LA POBLACIÓN DE EUROPA

El presente libro se interesa por un pasado mucho más distante: la Europa del primer milenio d. C. Es un mundo que oscila entre la historia y la prehistoria: algunas partes del mismo se estudian fundamentalmente a través de fuentes históricas escritas, otras, en cambio, se conocen sólo a través de restos materiales que pertenecen al mundo de los arqueólogos. Estos testimonios de diverso tipo y sus combinaciones plantean retos muy concretos, pero no cabe duda de que hubo emigrantes de todo tipo que actuaron dentro de los confines de Europa durante los mil años inmediatamente posteriores al nacimiento de Cristo. Teniendo en cuenta en su totalidad el papel desempeñado por las migraciones en la historia de la humanidad, sería muy raro que no los hubiera habido. Los dos primeros siglos de la era cristiana vieron cómo los romanos salían de Italia para llevar los placeres de la vida urbana y la calefacción central a muchos rincones de la Europa occidental. Pero es la migración de los llamados bárbaros, procedentes del otro lado de las fronteras de la Europa imperial, la que durante largo tiempo ha sido considerada fundamentalmente típica del primer milenio después de Cristo.

¿Quiénes eran esos bárbaros y dónde y cómo vivían más o menos por la época en la que Cristo nació en Belén?

*La Europa bárbara*

A comienzos del primer milenio, la Europa imperial, definida por los territorios a los que llegaron las legiones romanas, se extendía desde la cuenca mediterránea hasta el río Danubio —en sentido lato— por el norte, y hasta el Rin por el este. Más allá de estas líneas se encontraban los bárbaros de Europa, que ocupaban algunas de las mesetas de la Europa central y casi toda la Gran Llanura Europea, que es la mayor de las cuatro grandes regiones geográficas del viejo continente (mapa 1). La unidad de esta vasta zona, sin embargo, radica en su estructura geológica, no en su geografía humana. Mientras que en toda su vasta extensión son característicos los suelos de arcilla pesada, las marcadas variaciones de clima y, por consiguiente, de vegetación, dan lugar a notables diferencias de su potencial agrícola, basadas en las temporadas de cultivo y en la fertilidad del suelo. Las zonas más occidentales, en particular el sur de Gran Bretaña, el norte de Francia y los Países Bajos, se encuentran gobernadas por sistemas de clima atlántico, con inviernos suaves y húmedos y veranos frescos y con abundantes lluvias. Uno de los grandes misterios de la historia sigue siendo cómo es que fueron los británicos los que inventaron el críquet, el único deporte que no puede practicarse bajo la lluvia. Las estribaciones centrales y orientales de la llanura tienen un clima más continental, con inviernos más fríos y veranos más cálidos y secos. Las temperaturas medias del invierno van descendiendo a medida que nos trasladamos hacia el este, y las precipitaciones estivales disminuyen a medida que nos dirigimos hacia el sur y hacia el este. Históricamente, esta circunstancia tuvo unos efectos importantísimos sobre la agricultura, particularmente en las épocas premodernas, en las que sólo se empleaban tecnologías agrícolas limitadas. Por el sudeste, incluso en la región de Ucrania, cuyo suelo negro es célebre por su fertilidad, la productividad se hallaba limitada por las bajas precipitaciones veraniegas, y los poblados se hallaban en los valles fluviales. Al norte y al este, el frío invernal imponía serias restricciones. Debido al frío, los característicos bosques sólo de árboles caducifolios y mixtos de árboles caducifolios y de coníferas, que componen la vegetación natural de la mayoría de las zonas de la llanura, acaban dando paso primero a los bosques sólo de coníferas propios de la taiga y luego a la tundra ártica. En términos generales, el extremo septentrional de la zona boscosa mixta marca el límite de esa parte del paisaje europeo en la que a lo largo de un pasado remoto y oscuro el suelo acumuló una cantidad suficiente de humus para permitir una agricultura normal o una versión adaptada de ella.

A comienzos del primer milenio d. C., gran parte de esa llanura seguía cubierta de bosques, y la Europa del norte estaba muy lejos de desarrollar plenamente su potencial agrícola. Y ello no se debía sólo a los árboles, sino también al suelo. Sumamente productivos en potencia, los espesos suelos de arcilla de la llanura del norte de Europa exigían la utilización de arados pesados para mantener su fertilidad; arados capaces no sólo de abrir surcos, sino también de revolver la tierra, de modo que los nutrientes contenidos en las hierbas silvestres y en los residuos de los cultivos se pudrieran en el suelo y pudieran aprovecharse para la siguiente temporada. A lo largo de la Edad Media temprana y durante la Alta Edad Media, este problema se resolvió por medio de la *carruca*, el arado de acero provisto de cuatro ruedas tirado hasta por ocho bueyes, pero al comienzo del primer milenio la mayoría de los bárbaros de Europa apenas eran capaces más que de arañar —literalmente— la superficie de la tierra. De ese modo, los habitantes de la llanura europea practicaban una agricultura que apenas sobrepasaba, si es que lo conseguía, el nivel de la mera subsistencia, y la población estaba repartida en islotes de terrenos cultivados en medio de un mar de verde.

Los comentaristas mediterráneos estuvieron siempre mucho más interesados por sí mismos que por los «otros», los bárbaros del otro lado de la frontera, pero hasta ellos pudieron darse cuenta de que había muchos más de esos islotes de terreno cultivado —y por consiguiente una mayor densidad de población en general— a medida que se adentraba uno en el oeste. O más concretamente, dividieron a los bárbaros que ocupaban la Gran Llanura Europea en germanos y escitas. Anteriormente había habido también celtas —*Keltoi*—, pero la mayor parte de la Europa occidental y centro-meridional, anteriormente celta, había sido devorada por el Imperio Romano en su constante avance. Y ya a comienzos del primer milenio d. C., estas zonas habían emprendido una trayectoria no bárbara hacia el latín, las ciudades y la recogida de basuras. Los testimonios arqueológicos indican que la fijación de los nuevos límites de la Europa imperial no fue un mero accidente. La cultura material celta prerromana es célebre por su característico estilo artístico, expresado sobre todo a través de una metalurgia hermosamente trabajada. Los asentamientos celtas de la época compartían además una sofisticación general manifestada en otros aspectos de la cultura material: entre otras cosas, en una cerámica fabricada al torno tecnológicamente avanzada, en poblados de tamaño considerable y con frecuencia amurallados (los llamados *oppida*), y en el uso considerable de herramientas de hierro capaces de generar una agricultura relativamente productiva.<sup>3</sup>



Los restos materiales correspondientes a pueblos hablantes de lenguas germánicas durante el mismo período, en cambio, son en general mucho menos ricos y de un tipo mucho menos desarrollado. Los hallazgos típicos de la Europa germánica consisten en tumbas de cremación en urnas con escaso o nulo ajuar funerario, cerámica elaborada exclusivamente a mano, no al torno, un estilo metalúrgico sin desarrollar, e inexistencia de *oppida*. El nivel general de la productividad agrícola de las zonas dominadas por los germanos era también mucho menos intenso. Y es precisamente porque la economía de la Europa germánica producía un excedente agrícola menor que las zonas celtas vecinas, por lo que era menor la posibilidad de emplear herreros especializados y los artistas necesarios para la producción de una metalurgia sofisticada. Y si bien los romanos no tomaron nunca la decisión estratégica global de absorber la Europa puramente celta, los relatos que hablan de los intentos de conquista indican que los generales romanos sobre el terreno llegaron finalmente a pensar que la economía menos desarrollada de la Europa germánica sencillamente no merecía el esfuerzo de su conquista. Las versiones tradicionales del fracaso de los romanos a la hora de someter a los germanos, como suelen ser llamados en la actualidad esos hablantes de lenguas germánicas, hacen hincapié en la aniquilación por éstos de las tres legiones de Varo en la batalla del Bosque de Teutoburgo en el año 7 d. C. La realidad fue mucho más prosaica. Los romanos se vengaron ferozmente de esta derrota en los años siguientes, pero ni aun así puede ocultarse el hecho de que los impuestos que potencialmente llegaran a cobrar a la Europa germánica conquistada habrían pagado los costes de la conquista y del subsiguiente acantonamiento de tropas.

En consecuencia, poco después del nacimiento de Cristo, se dejó a distintos pueblos hablantes de lenguas germánicas al frente de un amplio sector de Europa comprendido entre los ríos Rin y Vístula (mapa 1). Las unidades sociales y políticas primarias de esos germanos se caracterizaban por sus reducidas dimensiones. En el siglo I Tácito y en el II Ptolomeo ofrecen una lista casi desconcertante de nombres de pueblos, que sólo de forma aproximada podemos situar en un mapa. No obstante, se manifiesta con toda claridad el punto clave. Había tantas de esas unidades políticas («tribus», si se quiere darles ese nombre, aunque el término arrastra tras de sí un abultado bagaje potencialmente inadecuado) que, consideradas individualmente, debieron de ser pequeñísimas.

No toda esta zona había sido siempre, o quizá ni siquiera había sido durante mucho tiempo, coto privado de los germanos. Fuentes grecorro-

manas atestiguan que la Europa germánica había aumentado periódicamente de tamaño, aunque no ofrecen casi ningún detalle circunstancial acerca del proceso que ello habría supuesto. Los bastarnas, por ejemplo, hablantes de germánico, se trasladaron al sudeste de los Cárpatos a finales del siglo III a. C., para convertirse en la fuerza dominante al noroeste del mar Negro. Aproximadamente al comienzo del nuevo milenio, los marcomanos, otro pueblo de lengua germánica, expulsó a la estirpe celta de los boyos de la cuenca alta de Bohemia. Cuando hablamos de la Europa germánica, pues, en realidad no hablamos de una Europa *dominada* por los germanos, y no tenemos por qué suponer que toda la población de esta zona verdaderamente enorme —parte de ella sometida militarmente en un pasado bastante reciente— fuera culturalmente homogénea en términos de sistemas de creencias o de prácticas sociales, ni siquiera que hablara necesariamente la misma lengua.<sup>4</sup>

«Escitia» era un término genérico, a modo de cajón de sastre, usado por los geógrafos grecorromanos para designar a los habitantes de las regiones orientales de la Llanura Septentrional Europea, que se extenderían desde el río Vístula y las estribaciones de los Cárpatos hasta el Volga y el Cáucaso (mapa 1). En la tradición geográfica y etnográfica griega, Escitia era presentada a menudo como un desierto helado, el arquetipo de los «otros», la imagen inversa de la civilización griega. Y a los habitantes de ese mundo se les atribuía todo tipo imaginable de comportamientos incivilizados: cortaban cabelleras, sacaban los ojos, arrancaban la piel a tiras, se tatuaban, o incluso bebían vino puro, sin mezclar con agua. En realidad, el territorio designado con este nombre abarcaba una enorme variedad de hábitats. En los valles de los grandes ríos que fluyen hacia el sur en las estribaciones orientales de la Gran Llanura Europea podían encontrarse buenos campos de cultivo, al menos dentro de las zonas templadas marcadas por la extensión de la estepa boscosa. Al sur se encontraba el paisaje mucho más seco de la estepa propiamente dicha, cuyas extensas praderas proporcionaban un hábitat natural a los rebaños de los pueblos nómadas. Al norte y al este, el régimen de agricultura intensiva iba desapareciendo gradualmente, dejando el paisaje a disposición de los pueblos cazadores-recolectores del Círculo Polar Ártico.<sup>5</sup>

Entre estos distintos grupos de población, los nómadas desempeñarán un papel fundamental en nuestro relato de la transformación de la Europa bárbara durante el primer milenio, pero será sólo un papel indirecto, por lo que no es preciso analizar en detalle su mundo. Baste decir que al comienzo de este período hacía ya tiempo que las poblaciones nómadas andaban

rondando por las tierras situadas al sudeste de los Cárpatos y al norte del mar Negro. Desde el punto de vista geológico, este paisaje forma parte también de la llanura europea, pero la ausencia general de precipitaciones durante el verano hace que las labores agrícolas sean precarias, o totalmente imposibles. Al este del Don, no se producen suficientes precipitaciones para que la agricultura resulte viable sin recurrir al regadío, tecnología que curiosamente no penetró en estas tierras durante la Antigüedad, por lo que el país conservó su vegetación natural: la pradera esteparia. Al oeste del Don, hay agua suficiente para el desarrollo de la agricultura en algunos valles fluviales, pero dichos valles se encuentran muy cerca de una vasta franja de terreno, próxima a la costa del mar Negro, que una vez más es una zona de naturaleza esteparia. Quizá no sea de extrañar, por tanto, que la dominación política de este paisaje durante la Antigüedad soliera alternar entre grupos nómadas y pueblos agrícolas sedentarios. Cuando dio comienzo la era cristiana, los bastarnas y los peucinos, de lengua germánica, que se habían trasladado a esta región en el siglo III a. C., mantenían el dominio de la zona, pero no tardarían en perderlo a manos de los sármatas, grupo nómada que asoló el país durante el siglo I d. C.<sup>6</sup>

Al norte de la estepa boscosa, las estribaciones orientales de la Llanura Europea Septentrional están rodeadas de vastas extensiones cada vez más pobladas de bosques de coníferas. En esta zona, como las temperaturas invernales son por término medio más frías y en el suelo hay menos humus, las condiciones se vuelven mucho más duras para la agricultura. A comienzos del primer milenio este mundo era poco conocido en el Mediterráneo. En su *Germania* Tácito sitúa al pueblo cazador-recolector de los fenos (finlandeses) en el lejano norte, y a otro grupo, el de los vénetos (o vénethos), entre ellos y los germanos peucinos, en las estribaciones de los Cárpatos:

Los vénetos han tomado mucho de sus costumbres de los sármatas, pues recorren saqueando todo el territorio de bosques y montes que se levanta entre peucinos y fenos. Sin embargo, se les cuenta más bien entre los germanos, porque fijan sus domicilios, llevan escudos y les gusta utilizar las piernas con rapidez.

Un poco antes, Plinio había oído hablar a su vez de los vénedas, como él los llama, pero no ofrece ninguna información detallada al respecto, e incluso el geógrafo del siglo II Ptolomeo apenas sabía de ellos más que los nombres de algunos de los grupos en que se dividían. Su zona era un po-

quitín menos misteriosa que la situada más allá, territorio en el que las gentes tenían «rostro y rasgos humanos, cuerpos y miembros de animales», pero sólo un poco menos misteriosa.

Arqueológicamente, la imagen de los habitantes de estas zonas boscosas del este de Europa en torno al nacimiento de Cristo es razonablemente simple. Como implica el comentario de Tácito acerca de los asentamientos permanentes, era un mundo de agricultores, pero unos agricultores con una cultura material extremadamente sencilla, menos desarrollada incluso que la predominante más al oeste, en la Europa germánica. Los restos de su cerámica, de sus herramientas y sus poblados son efectivamente tan simples que frustran cualquier intento de categorización estilística o incluso cronológica, mostrando una extraordinaria lentitud en los cambios antes de la segunda mitad del primer milenio d. C. Los testimonios arqueológicos indican que se trataba de un mundo de pequeños poblados agrícolas aislados, que vivían a un nivel de subsistencia inferior al de los germanos, con pocos indicios de que dispusieran de excedente, y ninguno de que mantuvieran lazos comerciales con el mundo más rico del Mediterráneo. La identidad étnica y lingüística de esos vénéto habitantes de los bosques ha dado lugar a un gran debate, en particular en torno a su relación, si es que tenían alguna, con los hablantes de eslavo que tanta importancia tendrían en la historia europea a partir de 500 d. C. aproximadamente. Volveremos a hablar de estos debates en el capítulo 8, pero parece que el lugar donde es más probable que encontráramos eslavos —o a sus antepasados más directos— al comienzo de la era cristiana estaría entre esas poblaciones de las estribaciones más orientales de la Gran Llanura Europea dedicadas a una agricultura simple.<sup>7</sup>

Así pues, simplificando un poco las cosas, la Europa bárbara a comienzos de nuestro período puede dividirse principalmente en tres zonas. La situada más al oeste y más cerca del Mediterráneo era la más desarrollada, con unos niveles altos de productividad agrícola y una cultura material bastante rica y sofisticada ya en su cerámica y su metalurgia. Esta zona había estado controlada desde hacía mucho tiempo por pueblos de lengua celta, y buena parte de ella acababa de quedar bajo el dominio de Roma. Más al este se encontraba la Europa dominada por los germanos, en la que la agricultura era menos intensiva y por consiguiente carecía de una cultura material igualmente rica. Pero hasta la Europa germánica practicaba una agricultura relativamente intensiva comparada con la de los habitantes de los bosques y las selvas de la Europa del este, cuya cultura material ha dejado en consecuencia unos restos mínimos. Nada de lo expuesto en

este breve panorama general suscita en realidad controversia, excepto acaso dónde podríamos encontrar a los eslavos. Pero lo que es muy discutible es el papel desempeñado por las migraciones en la asombrosa transformación experimentada por la Europa bárbara durante los mil años siguientes.

### *La migración bárbara y el primer milenio*

Todo el mundo estaría dispuesto a reconocer que durante el primer milenio d. C. hubo algunos movimientos migratorios dentro y fuera de la Europa bárbara. El panorama general, sin embargo, es en la actualidad muy polémico. Antes de la Segunda Guerra Mundial, la migración era vista como un fenómeno de importancia trascendental en la transformación de la Europa bárbara: una especie de columna vertebral que habría dado al primer milenio su forma distintiva. La migración germánica a gran escala durante los siglos IV y V acabó con el Imperio Romano de Occidente y estableció nuevos modelos lingüísticos y culturales en el norte. Fue la época en la que los godos procedentes de la costa septentrional del mar Negro se desplazaron más de dos mil kilómetros hasta el sudoeste de Francia en tres etapas distintas a lo largo de treinta y cinco años (c. 376-411 d. C.). Desde la Europa central los vándalos recorrieron casi dos veces esa misma distancia y cruzaron el Mediterráneo para acabar, asimismo en tres fases distintas, en las provincias centrales del norte de África romano. El proceso se desarrolló en treinta y tres años (c. 406-439), con una larga estancia en España (411-c. 430). También fue en esos siglos cuando la historia de las Islas Británicas dio un giro decisivo con la llegada de los inmigrantes anglosajones procedentes de Dinamarca y del norte de Alemania.

Más importancia tuvo, supuestamente, la migración eslava. Los orígenes de los eslavos han sido siempre objeto de un acalorado debate, pero, procedan de donde procedan, es un hecho indudable que partiendo de una relativa oscuridad durante el siglo VI los pueblos hablantes de eslavo se diseminaron por grandes extensiones de la Europa central y oriental durante los doscientos años siguientes. Una parte considerable de ese paisaje había estado dominada hasta entonces por pueblos de lengua germánica, de modo que la ascensión de los eslavos supuso un cambio cultural y político enorme. Vino a crear la tercera gran zona lingüística de la Europa moderna, junto con las lenguas románicas y germánicas, y las fronteras entre las tres han permanecido casi inalterables desde que se crearon. La

migración escandinava durante los siglos IX y X completó después un milenio de migraciones masivas. En el Atlántico, fueron colonizados por primera vez paisajes completamente nuevos en Islandia y las islas Feroe, mientras que los emigrantes vikingos en Europa occidental formaron el Danelaw en Inglaterra y el ducado de Normandía en el continente. Más al este, otros colonos escandinavos desempeñaron un papel trascendental en la creación del primer estado ruso de Kiev, cuyas fronteras establecieron y trazaron los límites de Europa hasta la Edad Moderna.<sup>8</sup>

Ninguna teoría de todas estas migraciones y de su significación ha logrado una aceptación general. Muchos detalles, como veremos en los siguientes capítulos, han sido y serán siempre objeto de controversia. Pero la convicción de que la migración de los bárbaros desempeñó un papel formativo enorme en la historia de Europa durante el primer milenio fue un rasgo distintivo de todas las tradiciones académicas europeas hasta 1945. Era cierto hablando de historia a la máxima escala. En este sentido los emigrantes del primer milenio fueron considerados los creadores de las principales divisiones lingüísticas de la Europa moderna: las que separan a las poblaciones hablantes de lenguas románicas, germánicas y eslavas. Pero se atribuyó también a las migraciones un papel trascendental a unos niveles más íntimos. Se pensó que determinados grupos de emigrantes pusieron los cimientos de entidades políticas tan duraderas y tan extensas geográficamente como, por ejemplo, Inglaterra, Francia, Polonia y Rusia, por no hablar de todos los estados eslavos que abrieron el camino hacia su independencia de los imperios multinacionales de Europa durante los siglos XIX y XX. Durante el período de entreguerras, la proporción de estados nación de la Europa moderna que remontaban los orígenes de su distintividad a los emigrantes del primer milenio era enorme. Esa visión compartida del pasado es lo que los estudiosos más recientes han dado en llamar el Gran Relato. Nunca dejó de haber discrepancias respecto a los detalles, pero en realidad no importaba. Lo verdaderamente importante es que fueran tantos los grupos de población de la Europa moderna que consideraban que la raíz de su distintividad se hallaba en una historia continua que se remontaba a un momento migratorio situado en algún punto de ese milenio en concreto.<sup>9</sup>

Una parte integrante de ese relato era una determinada visión de la naturaleza de las unidades de población que emigraban. Muchos de esos movimientos no estaban bien documentados en las fuentes históricas, y otros no lo estaban en absoluto. Pero independientemente de la información histórica que existiera, lo cierto es que a veces se hablaba efectiva-

mente de grandes grupos compactos de hombres, mujeres y niños que se trasladaban juntos de manera bastante deliberada de un hábitat a otro. Esa información tocaba una cuerda muy especial. Como los grupos migratorios eran considerados el comienzo de algo grande —de unas entidades con un largo futuro de distintividad continuada, que los conduciría inexorablemente a las naciones de la Europa moderna—, era natural aplicar esa visión a todos ellos. De ese modo, todos los grupos migratorios del primer milenio —documentados o no— pasaron a ser vistos como grandes grupos de población culturalmente distintivos y biológicamente autorreproductores, que pasaban de un punto A a un punto B del mapa sin que por suerte les afectara el proceso migratorio. Esos lejanos antepasados tuvieron que ser lo bastante numerosos y lo bastante distintivos para explicar la existencia de sus descendientes de la época moderna, tan numerosos y aficionados a reafirmarse políticamente. Una buena analogía del proceso de migración así concebido serían las bolas de billar rodando por la extensión de una mesa de fieltro verde. Algo habría hecho rodar las bolas de un extremo a otro de la mesa —la sospecha más habitual era la superpoblación en el momento de la partida—, pero cada bola sería exactamente la misma en los distintos lugares cuando dejara de rodar y acabara deteniéndose en un sitio. Esta teoría fue aplicada en particular a los pueblos germánicos que intervinieron en los movimientos de los siglos IV-VI, pero también en gran medida a los eslavos y a los escandinavos. Pueblos eslavos modernos como los serbios, croatas y eslovenos, por ejemplo, hacían remontar su historia a poblaciones migratorias cohesionadas del primer milenio d. C.<sup>10</sup>

Este relato del primer milenio formaba a su vez parte de un relato más extenso que explicaba la población de toda Europa en tiempos prehistóricos. El nacimiento de Cristo marcaba el momento en que la información histórica escrita empezaba a ser más o menos accesible en numerosos lugares de Europa al norte de los Alpes. La reconstrucción del pasado más distante se basaba por completo en los testimonios arqueológicos y solía estar escrita —antes de 1945— en términos de una secuencia de grupos de población «más avanzados» que iban sucediéndose unos a otros como fuerza dominante en el paisaje europeo. Los primeros agricultores de finales de la Edad de Piedra llegaron del este y desplazaron a los cazadores-recolectores, los que empleaban el cobre hicieron lo mismo con los que utilizaban la piedra, los que empleaban el bronce con los que empleaban el cobre, hasta que finalmente llegamos a la Edad de Hierro y al primer milenio d. C. Los detalles de esta teoría general no nos importan demasiado,

pero para entender lo que viene a continuación debemos tener en cuenta que un modelo de migración del primer milenio tomado de algunos textos —un modelo según el cual unos grupos cohesionados de hombres, mujeres y niños se trasladaban intencionadamente de un lugar a otro para ocupar nuevos paisajes— era aplicado en su totalidad a un pasado más remoto para explicar los esquemas de desarrollo de los restos arqueológicos de la Europa prehistórica. Era por lo que algunos creían saber sobre las migraciones del primer milenio por lo que los primeros agricultores, y luego los trabajadores del cobre, del bronce y del hierro fueron considerados —sucesivamente— grupos de población venidos de fuera que llegaron para adueñarse del paisaje europeo.<sup>11</sup> Dentro de este relato, el más grande entre los grandes relatos de la población de Europa, nuestro período representaba un final y un principio. Había sido testigo del último acto de la secuencia de grandes migraciones que había configurado toda la historia del continente desde la última glaciación, y marcaba el comienzo de una Europa poblada por entidades con una historia continuada —es decir, por grupos que en gran medida habrían permanecido intactos y no se habrían visto afectados por ulteriores migraciones— que llegaba hasta la actualidad. Ofrecía también un modelo de migración que ordenaba toda esta historia europea. Su predominio es la clave para entender la virulencia de la consiguiente respuesta intelectual.

#### EL GRAN DEBATE DE LAS MIGRACIONES

A partir de 1945 han sido puestos en entredicho tantos elementos clave de este relato del pasado europeo basado en las migraciones que las seguridades de antaño han quedado muy erosionadas. En algunos lugares de Europa este relato sigue estando muy arraigado, pero especialmente en los círculos académicos de lengua inglesa las migraciones han sido relegadas a desempeñar un papel de comparsa en un drama histórico que en la actualidad tiene que ver sobre todo con transformaciones debidas a motivos internos. Esta revolución intelectual ha sido tan radical y su impacto sobre las explicaciones más recientes de las migraciones del primer milenio tan profundo, que nada de lo que digamos a continuación tendrá sentido si no se entienden un poco sus rasgos más generales. Un punto de partida fundamental es la interpretación completamente nueva, surgida en la época de postguerra, de cómo los seres humanos se juntan para formar unidades sociales más grandes.